



Ministerio de las bases: Ver contemplativo

Jo O'Donovan rsm (The Congregation): 'La mirada contemplativa en el Windhover de Hopkin'

Cuando me pidieron hace más de un año que contribuyera a la serie sobre la Presencia Global de la Misericordia, estaba bastante ansiosa. Pero ahora, en estos tiempos de pandemia, no tengo palabras. Recurro a mi amigo Hopkins con la esperanza de encontrar en su poesía un filtro a través del cual pueda perforar el océano de silencio que traen los cierres, y a The Windhover, considerado por él como su mejor poema. El poema es, en realidad, una representación en una nueva clave de la pasión de Cristo. Y también nos dice una palabra en tiempos pandémicos de restricción sobre cómo el paciente plodismo que soportamos puede esconder un brillo si sólo sabemos ver. Hopkins es un poeta de los sentidos, del ver, un ver contemplativo, siempre respondiendo sutilmente al ser abordado por Otro. En mi jubilación tuve tiempo de desarrollar mi interés por él a largo plazo. Puede que hablara mucho de él. Una vez una hermana me preguntó: Jo, ¿por qué te interesa tanto Hopkins? ¿Es un santo o algo así? Le respondí que sí es "algo", que es un gran poeta y que me gusta su poesía, y añadí a la defensiva que también es una especie de santo.

La relación Dios-mundo y el lugar que ocupamos en ella me importaba cuando enseñaba teología. Transmití fielmente lo que creía y el modo en que lo creaba, a las cabezas jóvenes. Y no queriendo destruir su incipiente asombro, aquí y allá llamé a los poetas para que hablaran por mí su lenguaje de Dios sin palabras. Como sabemos, Hopkins, al igual que Wordsworth, se mueve más allá de las fronteras. Es un poeta romántico. Pero las nubes del primer verso de Narcisos de Wordsworth simbolizan la propia soledad del poeta, mientras que en Hopkins, las nubes nos comprometen primero con ellas mismas. Los variados cielos del valle de Clwyd, en el norte de Gales, frente a San Beuno, estaban poblados de nubes. Con una atención casi científica a todos los aspectos de la naturaleza en sus años galeses, sus "días de ensalada", escribió The Windhover y sus conocidos sonetos de la naturaleza. Estos poemas nos invitan a mirar, ver, oír, saborear y tocar. Citando con fruición un fragmento de un antiguo filósofo griego, Parménides, escribe: "Nada es tan pregnante y directo a la verdad como el simple sí y es".

Al principio podría parecernos un universo atomístico, un conjunto de cosas materiales y animadas con personas como nosotros. Pero un universo así, sin el Dios vivo, sería impensable para Hopkins. El Dios creador bíblico de Hopkins crea una creación multinivel y variada para que sea un hogar común para una variedad de criaturas. Y un universo así, con niveles en la tierra, la roca y las aguas, en la vida vegetal y animal, y en los "seres humanos más hermosos del mundo" es uno en el que cada individuo grita sus propios dones o "selvings" particulares, mostrando su belleza y dolor particulares. Así, Hopkins nos llama a mirar y escuchar cada realidad creada a su propio nivel, pues cada una es una palabra del Creador dirigida a nosotros y que reclama nuestra atención. Lo que debemos atender no son vagas generalidades o

clasificaciones, sino el paisaje de las cosas, su forma o su patrón, tal y como apela a nuestros sentidos. De hecho, el poeta dice que imaginar y redactar el paisaje de las cosas es el alma misma del arte y la poesía.

Muchos críticos literarios leen a Hopkins como el poeta innovador de la forma o el paisaje de las cosas. Pero se obtiene una apreciación más completa de él cuando se le lee a la luz de su fe bíblica cristiana y, de hecho, católica. El Creador no nos dejó sólo un universo de dos niveles. Es un mundo a la vez plural y uno. Plural en el sentido de que cada criatura imita la diversidad de la presencia divina a su manera. Y uno, en el sentido de que el paisaje interior del Creador para el mundo es uno. Es Cristo quien "juega en diez mil lugares" (como el poema de Kingfishers). Como resume acertadamente R.K.R. Thornton, "Hopkins sólo puede escribir sobre una cosa: todo es: y todo es Cristo". Hopkins dice que el objetivo de su poesía es decir la Encarnación. Nos invita a una visión contemplativa de la tierra y de nuestro lugar en ella, una visión con los pies en el suelo y una "fe con los ojos bien abiertos", para usar la frase de San Agustín. El Cortavientos es un poema de este tipo. Nos invita a ver y escuchar con todo nuestro ser. Con el pequeño cernícalo nos insertamos en la noble pasión de la creación, que imita de diversas maneras la propia pasión del Creador en Cristo. De hecho, muchos de sus poemas pueden leerse como salmos a la pasión divina y a la gloria de Dios que brilla a través de todas las cosas.

El Cortavientos.
A Cristo Nuestro Señor.

Esta mañana he cogido al esbirro de la mañana, rey
Del delfín de la luz del día, halcón del amanecer, en su cabalgata
Del nivel ondulado debajo de él aire firme, y dando zancadas
En lo alto, cómo se lanzó a la rienda de un ala de labrador
¡En su éxtasis! Luego, fuera, fuera, en el balanceo,
Como el talón de un patín barre suavemente en una curva de arco; el lanzamiento y el
deslizamiento
Rebatío el gran viento. Mi corazón escondido
Se agitó por el pájaro, - el logro de; ¡el dominio de la cosa!

Belleza bruta y valor y acto, oh, aire, orgullo, pluma, aquí
¡debilita! Y el fuego que brota de ti entonces, mil millones
veces contado más bello, más peligroso. ¡Oh, mi caballero!

No hay que extrañarse de ello: el puro arado hace
Brillar, y las brasas azuladas, ah mi querido
caen, se agrietan, y se desgarran con el oro-vermellón.

Noel Maenefa, la oscura colina detrás de San Beuno, con su capilla de roca en la cima, a la que los estudiantes jesuitas a veces iban para la liturgia, era un lugar de caza de pequeños halcones o cernícalos. Allí, una mañana temprano, un cernícalo, el "cazador de viento" del poema, es "atrapado" por el poeta. La agudeza de "Caught" (Atrapado) alerta nuestra atención sobre la

propia naturaleza del cernícalo, sobre cómo su acción distintiva muestra su selva, sobre cómo se esconde mostrando sus profundidades reveladoras. En su mente, Hopkins ve al pequeño halcón como algo real, parecido al halcón de la corte francesa, que era llevado por el delfín mientras cabalgaba. Este lenguaje caballeresco confiere nobleza al ave. Nos seduce. El poeta, también seducido, espera con el corazón escondido. Nos elevamos con el pájaro mientras da zancadas en éxtasis y actúa en el aire. Y cuando alcanza su punto álgido, es como si no tuviera más que dar. Las alas de los pájaros suenan como campanas en este momento heroico de éxtasis, mientras rechazan el gran viento. Semejante "belleza bruta y valor y acto" exclama Hopkins. El "logro" de la "cosa" en su estado natural, mientras que yo, ¿qué estoy haciendo? Un momento de tensión aquí y un angustioso cuestionamiento de sí mismo por parte del poeta, pero la Y mayúscula nos lleva a la respuesta. Porque en este nuevo espacio el cernícalo se convierte en una palabra para Hopkins de otro Caballero, que fue aún más peligroso y encantador en su abrojo en la Cruz. Conmovido por el afecto y el alivio, el poeta grita: 'Oh, mi caballero'.

Hopkins encuentra aquí un punto de descanso. Como los discípulos que bajaron del monte Tabor, en los tres versos finales el poeta, en paz, deja que la verdad que ha experimentado traiga la curación a su vida. A pesar de que sus años en Gales fueron de los más felices, las notas del diario de la época mencionan que el árido programa de estudios de filosofía/teología escolástica, dejaba poco espacio para la imaginación o el alimento espiritual. Fue matador y desalentador para un poeta y literato. Pero ahora, recordando su bagaje, lo descarta; "No es de extrañar", exclama. Porque un mundo más grande ha irrumpido en él. Y así, el poeta -siempre pastor- nos dice a los lectores que el Cristo que sopla el viento también se dirige a nosotros trayendo la curación, celestial y terrenal, a nuestras pequeñas pasiones y desesperaciones. Porque el puro trajín de lo cotidiano, incluso el silencio y la sentida inutilidad de los cierres, puede generar su propio peligro y su propia belleza. Como cuando el movimiento del arado en las profundidades de la tierra hace brillar el sillón mojado. Como cuando las ascuas azules y sombrías caen, se hielan y desgarran el bermellón dorado. En este último paralelismo, con sus matices de pasión, el poeta con el "ah, querida", de afecto vuelve una vez más a su siempre presente caballero, Cristo.

Hay un realismo en la poesía de Hopkins que puede ser muy liberador. Liberadora de las preocupaciones por uno mismo -¿quién o qué puede ser? - en el simple "sí a lo que está ahí para nosotros como otro". Y para los ojos que ven con la fe de la mirada contemplativa, ser liberados por una presencia divina real, un Otro que disfruta de la pluralidad y se dirige a ella en la misericordia y el amor. Hopkins es bastante bíblico y ve la creación como un drama mayor, un juego de relaciones entre Dios y lo humano. Al igual que el azotador, cada uno de nosotros está inscrito para desempeñar un papel en el plan creativo de Dios para el mundo que nadie más puede desempeñar. Desde esta perspectiva, podemos decir con confianza, con San John Henry Newman, amigo y mentor del poeta, que incluso en tiempos amenazantes de pérdida, como durante una pandemia, "nada en nuestras vidas se desperdicia".